



nº 052 – 31 de enero de 2011

NUESTRO RINCÓN DEL 0-6

Contenidos	Página
Editorial:	
- ¡2011!	03
Artículos y contenidos:	
- ¿Dónde están los límites?	04
- Reggio: un viaje de renovación pedagógica.	06
- La relación con las familias, en la Escuela Infantil.	08
- Hablemos de los derechos que corresponden a un niño.	12
- Escuchar el “sí” en el “no”.	15
Rincón de alimentación y nutrición infantil:	
- Alimentos funcionales (1).	20
Rincón de la seguridad infantil:	
- La distribución de los espacios, en la Escuela Infantil: sala de usos múltiples.	23
Desde ACENTO recomendamos...	25
Un espacio para las ideas	27
Noticias	28
Rincón de prensa	33
Tablón de anuncios	36

ESCUCHAR EL “SÍ” EN EL “NO”

Por Fco. Javier Romeo Biedma

Ana, de dos años, no quiere ponerse el abrigo para salir a la calle. José, de cuatro años, no quiere bajar del columpio para irse a casa. Irene, de cinco años, no quiere irse a dormir. ¿Por qué no quieren hacer esas cosas que como adultos nos parecen perfectamente razonables?

¿Y qué hacemos a continuación? ¿Cedemos y que hagan lo que quieran? Entonces nos sentimos mal porque no les estamos educando, y además nos da la sensación de dejar de lado lo que también queremos nosotros como personas. ¿Les forzamos a que obedezcan? Entonces conseguimos la satisfacción de que hagan lo que queremos, pero tenemos garantizados la discusión y el mal ambiente durante un buen rato, y a largo plazo les estamos enseñando que al final lo importante es tener poder o fuerza, y que el diálogo sólo sirve cuando se es débil. En mi experiencia personal y profesional existe un tercer camino, basado en una comunicación más profunda en cada una de esas situaciones. Y una de las habilidades que desarrollamos en los talleres que facilito es la capacidad de escuchar a qué dicen "sí" nuestros niños y niñas cuando dicen "no".

La biología y nuestra historia como seres humanos nos han dotado con un elemento fundamental para nuestro desarrollo: la motivación, aquello que "nos pone en movimiento". Me parecen especialmente acertadas las teorías que señalan las necesidades en el núcleo de la motivación humana. Si nos fijamos, las necesidades, principios o valores son aquellos impulsos que nos llevan a actuar.

¿Seguro que lo está haciendo sólo para fastidiarte?

Una de las primeras interpretaciones que encuentro es que "los niños y las niñas hacen eso para probarte, para desafiarte", y me gusta colocarla en un espacio realista. Valoro mucho y me parece útil la explicación de que a partir de cierta edad empiezan a "experimentar" con el mundo afectivo y social igual que con menos edad "experimentaban" con el mundo físico y sensorial.

Me imagino que tendréis la imagen de un bebé jugando con algo frágil (y, por salud mental de todo el mundo, poco valioso), como un globo, un juguete desmontable o una galleta. En cierto momento, con su interés explorador de las cualidades físicas, el bebé golpea ese objeto con fuerza suficiente para que se rompa, se desmonte o se desmigüe. Y la reacción a menudo no se hace esperar: rompe a llorar. En su afán científico ha perdido el objeto de su estudio de una manera que no esperaba. Si se le acoge y se le ayuda a comprender lo que ha pasado, podrá integrar la experiencia como un aprendizaje inconsciente ("los globos se rompen al golpearlos de cierta manera", "el juguete se desmonta al darle así, y hay que esperar a que me lo monten de nuevo", "si rompo la galleta, los trozos que caen ya no me dejan disfrutarlos"). Como el mundo no se explica por causas simples, sino que intervienen varios factores, en nuestros primeros años de vida seguimos experimentando para corroborar o añadir precisión a nuestras hipótesis (igual que Edison, que llegó casi al millar de experimentos antes de encontrar una bombilla incandescente que funcionara).

A partir de cierta edad, que oscila entre los dos y los cuatro años, dependiendo del carácter, los seres humanos empezamos a explorar también el mundo de las emociones, tanto nuestras como de quienes nos rodean. Jugando jugando nos encontramos con que algo que hacemos desencadena un enfado en nuestra madre, o pone nervioso a nuestro padre, o hace que la maestra alce la voz, o lleva a que nuestro compañero de juegos se ponga a llorar. Y también constatamos que otras cosas hacen que alguien nos sonría con afecto, o que se tranquilice, o que se ría, o que deje de llorar. Descubrimos que podemos afectar las vivencias y emociones de los

demás, pero todavía nos falta tener el panorama completo. Y seguimos experimentando. Y, cuando los experimentos nos enseñan **los límites naturales de las cosas**, por el camino, en vez de globos estallados, juguetes desmontados y galletas rotas, vamos dejando enfados, lágrimas y relaciones afectadas.

Esta experimentación, llevada más adelante, incluye no sólo las situaciones puntuales, sino los sistemas de reglas, las estructuras. Y, de la misma manera que experimentamos cómo conseguir más velocidad con nuestra carrera o como zambullirnos en el agua con menos planchazo, probamos los límites de las reglas que encontramos a nuestro alrededor. Y, si lo miramos con honestidad, siempre intentamos conseguir que las cosas nos vayan lo más cómodo posible (y menos mal que la evolución nos ha hecho así, porque si no seríamos una especie orientada a la automortificación...).

El problema surge con el hecho de que en las relaciones empiezan a estar en juego muchas variables: lo que quiero yo, lo que quieren cada una de las otras personas implicadas, lo convenido entre todas esas personas, lo convenido también en un ámbito mayor que es la sociedad... E ir desintrincando eso lleva mucho trabajo, muchos experimentos... y muchas situaciones desagradables para todos los implicados¹.

Así que sí, para mí es real que en cierto momento los niños y niñas con los que tratamos, van a probar los límites de las relaciones, de las reglas y, sin duda, de nuestra paciencia (igual que hicimos nosotros en nuestros tiempos, y gracias a ello estamos ahora aquí).

Sin embargo, no creo que todas las veces reaccionen con un "no" simplemente "para fastidiar".

Entonces, ¿qué hay detrás del "no"?

Cuando escuché por primera vez esta pregunta, supuso una gran apertura para mí: **¿a qué están diciendo "sí" cuando dicen "no"?** Intentemos ponernos en su lugar...

Vamos a descartar la posibilidad de que lo hagan "sólo para fastidiar". Por supuesto que "fastidiar" puede ser un elemento, pero en muy pocos momentos va a ser el único. Sigamos pues.

¿Es posible que sea una aspiración a la **autonomía**? Puede ser. Recordemos que cuando teníamos su edad nosotros también sentíamos frustración cuando no se nos permitía tomar decisiones para las que nos considerábamos con capacidad, a veces con razón (tardamos mucho en conseguir convencer a la familia de que no nos caíamos de los árboles por mucho que hiciéramos cabriolas) y a veces sin ella (a su tiempo descubrimos que comerse una tableta entera de chocolate nos generaba el dolor de tripa del que ya nos habían advertido). Todas las personas aspiramos a que se nos dé voz y voto en cuestiones que nos afectan, y con el hecho de haber podido expresarnos se hace más fácil que aceptemos un resultado que no nos agrade.

¿Puede ser una tendencia hacia la **simplicidad** y la **comodidad**? Tal vez. A todo el mundo nos gusta obtener los mejores resultados con el menor esfuerzo posible. Sin embargo, somos muy conscientes de que ese "menor esfuerzo posible" para alcanzar una meta concreta puede ser un "gran esfuerzo" comparado con otras posibilidades.

¹ Aunque esto sería tema para otro artículo, en este espacio quiero señalar que lo que podemos facilitarles quienes les acompañamos en su crecimiento es 1) que sepan que les queremos incondicionalmente; 2) que, al mismo tiempo, hay normas que son importantes para nosotros y que queremos que se respeten; y 3) que conozcan e integren estrategias de reparación ante los daños que hayan podido causar y habilidades de resolución de conflictos para ocasiones futuras.

Así que es esperable que, recuperando los ejemplos del principio de este artículo, Ana disfrute de la libertad de moverse sin abrigo (sin tener en cuenta las consecuencias que el frío puede tener en su salud), que José prefiera seguir en el parque (sin darse cuenta de que si no se encamina ya hacia casa, cuando tenga hambre todavía tendrá un rato largo antes de poder comer) y que Irene evite irse a dormir (sin darse cuenta de que el cansancio ya está haciendo mella en su ánimo y de que ya no está disfrutando, sino peleándose).

¿Es tal vez un deseo de **comprender** algo a lo que no encuentran sentido en ese momento? Quizá. Nos gusta saber que lo que hacemos tiene unas razones. Cuando tenemos pocos años todavía no hemos integrado todas las variables, y simplemente no entendemos *a priori* que podamos tener frío al salir a la calle si ahora no lo tenemos, o que vayamos a sentir hambre en un rato si ahora estamos bien, o que acostarnos sea la solución para ese cansancio (y el correspondiente mal humor) que arrastramos desde hace media hora. Pero no estamos dispuestos a "obedecer" sin saber que lo estamos haciendo por algo que, al menos, nos parezca razonable.

¿La **diversión**, la **pertenencia** a los grupos de iguales, la **espontaneidad**, la **seguridad**, los **ritmos internos**, la **fluidez**, la **claridad**, el **respeto** en la expresión, el hecho de que **se nos comprenda**...? Es posible.

Con cada persona, en cada situación, pueden estar vivas distintas motivaciones. Para mí, la clave está en darles escucha respetuosa hasta que la situación vuelva a fluir. Esto, en mi experiencia, con niños y niñas de cero a seis años lleva sólo unos minutos, bastante menos que los que llevaría una pelea para hacerles hacer lo que queremos.

Vale, ¿y esto cómo se hace?

Evidentemente, no existen recetas mágicas. Sin embargo, en mis talleres intento que desarrollemos la capacidad de escucha para descubrir a qué están diciendo "sí" cuando nos dicen "no", para poder encontrar una estrategia que nos sirva a todos. Una vez que la persona con la que hablamos, independientemente de su edad, ha percibido que reconocemos sus motivaciones y que las valoramos **aunque no las vayamos a seguir en ese momento**, la resolución es mucho más sencilla.

En los casos que hemos visto, la conversación sonaría (en versión simplificada y reducida, pero con un tono muy parecido) como en estos dos ejemplos.

Ana y el abrigo:

Adulto: - Ana, ponte el abrigo, por favor.

Ana: - ¡No!

Adulto (*intentando ver si ha comprendido a qué está diciendo "no" Ana, para saber por dónde continuar la conversación*): - ¿No quieres ponerte el abrigo?

Ana: - ¡No!

Adulto (*validando los sentimientos de Ana, pero sin mostrar acuerdo*): - Ah, es eso, no quieres ponerte el abrigo, ¿verdad?

Ana (*bajando la voz*): - No.

Adulto (*sondeando las posibles razones: intenta darle claridad y sentido a ponerse el abrigo*): - ¿Sabes que en la calle hace ahora mucho frío?

Ana (*reflexionando*): - Mucho frío. Sí.

Adulto (*añade razones*): - Y a mí me preocupa que puedas pasar frío y ponerte malita.

Ana: - Pero yo no tengo frío.

Adulto (*valida la experiencia de Ana, sin manifestar su acuerdo*): - Ah, así que no quieres ponerte el abrigo mientras no sientes frío, ¿es eso?

Ana (*expresa su incomodidad*): - El abrigo es gordo.

Adulto (*busca una estrategia*): - ¿Y cómo podemos hacer para que no te enfríes entonces? ¿Te parece que te pongamos el abrigo en la portería antes de salir a la calle, en vez de ahora?

Ana (*asintiendo con una sonrisa*): - Sí.

Volviendo con José del parque:

Adulto: - José, tenemos que volver, que es la hora de comer.

José (*sigue jugando en el columpio, como si no hubiera oído*).

Adulto (*con seguridad casi completa de que José ha oído y entendido*): - José, es la hora de la comida, ¿podemos marcharnos?

José (*reacciona algo a la pregunta, mejor que a la formulación más directiva*): - Es que estoy jugando con mis amigos.

Adulto (*validando los sentimientos de José*): - Ya, estás jugando con tus amigos y te da pena marcharte ahora...

José (*mirando ya al adulto*): - Sí, es que es muy divertido.

Adulto (*validando lo que José vive, sin manifestar acuerdo por el momento*): - Claro, José, te lo pasas muy bien con tus amigos y te gustaría seguir jugando, ¿verdad?

José: - Sí...

Adulto (*expresa su motivación*): - Pues yo estoy preocupado porque se acerca la hora de comer y tenemos un rato entre volver a casa y preparar la comida, y no quiero que pases hambre, que es muy incómodo.

José: - Yo no tengo hambre ahora.

Adulto (*valida la experiencia concreta de José, y al mismo tiempo la explica y razona*): - Ya, no tienes hambre ahora, ¿no? Sin embargo, dentro de un rato yo estoy seguro de que vas a tener hambre, y si no nos marchamos ahora, vas a tener que estar incómodo un rato largo mientras llegamos a casa y preparamos la comida.

José (*insiste en lo que quiere*): - No, yo quiero seguir jugando.

Adulto (*intuye que José quiere experimentar su autonomía y ofrece una solución que pueda servirles a los dos*): - Vamos a ver, tú quieres jugar más y yo quiero que nos vayamos con tiempo suficiente, ¿qué te parece si programo la alarma, juegas cinco minutos más y cuando suene nos vamos?

José (*acercándose*): - Vale, ¿puedo darle yo al botón de la alarma?

Así aquí hemos visto dos posibles conversaciones (muy resumidas), que llevan tiempo y atención, pero que son mucho más agradables y efectivas que hacer las cosas por la fuerza. Evidentemente, no siempre tenemos el tiempo o el estado de ánimo para hacerlo con esta delicadeza, pero cuanto más lo integremos en nuestras vidas, más fluido nos resultará, y será más fácil reparar las situaciones en que perdamos los papeles (como seguro que nos ocurrirá).

Lo importante es que al acercarnos con curiosidad al "no" de los niños y niñas reconocemos su autonomía como personas (pequeñitas e inexpertas, pero personas al fin y al cabo, y con un enorme potencial). Y al devolverles su "personalidad" y su humanidad estamos, misteriosamente, recuperando la nuestra.

----- 0000000000 -----

F. Javier Romeo Biedma es psicólogo y consultor en [Espirales Consultoría de Infancia](#), donde ofrece, entre otros, talleres de afectividad y de comunicación interpersonal para padres y madres y para profesionales que trabajan con niños y niñas.

